

EL MUNDO, Medellín, Abril 15 de 2008

LA LECTURA DE LA MÚSICA CLÁSICA

Por Olga Elena Mattei

Adrián Chamorro, aquel niño a quien ví crecer, mientras fui testigo de la maravillosa educación musical que le iba impartiendo su tía, la admirada y de todos querida violista Olga Chamorro, creía yo que resultaría amante y promotor de la música moderna contemporánea. Nos movíamos en medio de la pintura abstracta, las bienales, los *happenings*, las primeras instalaciones de artes plásticas, la nueva arquitectura, los músicos ultra-avanzados que llegaban a la ciudad, y los discos *long play* con Ligeti, Varése, Stockhausen, etc. Yo me fui a vivir a New York, y él se fue a estudiar a Rusia...a perfeccionarse en violín ¿y que paso?...Se radicó luego en París, y después de haberse dado a conocer como solista y en recitales, con gran éxito, en numerosas ciudades de Europa, se interesó en la dirección orquestal, y se dedicó a los estudios pertinentes, con dos de los más famosos especialistas en pedagogía de la conducción, Rozhdestvensky, y Pánula, el gran maestro finés (finlandés).

El salto del tiempo lo encuentra ahora a él como uno de los directores más interesantes de la música clásica y barroca, apreciado y respetado por sus colegas y el público conocedor, en su apostólica labor de preconizar el regreso de las orquestas a las lecturas de época y al estilo auténtico de los compositores. Vive en París, y desde su centro de operaciones, organiza, funda y dirige grupos de cámara en distintas ciudades, en derredor, y hasta en Colombia, como lo hizo en Bogotá en viajes anteriores.

Nuestro público pudo volverlo a escuchar el día 7 de abril al frente de la Orquesta Filarmónica, con un programa íntegramente compuesto de obras Beethovenianas. Se inicia la noche con la Obertura Egmont, la Opus 84. Un buen comienzo para establecer de inmediato la segura dirección que fluye desde el podio, frente a una orquesta que debe expresar con la música toda la tensión humana en los sentimientos patrióticos y el drama.

A continuación, el Concierto No. 1 en do mayor para piano y orquesta con la pianista medellinense **Alejandra Escobar R.** como solista. Ella toca de memoria, sin partitura. Eso de por sí augura ante el público una interprete avanzada. Los pasajes iniciales del primer movimiento se sienten ligeros y ágiles. La Orquesta, con todo el peso que el director le asigna. La dirección, detallada: los *tuttis cantábiles* parecen exhalados por un solo instrumento polifónico con *timbre de orquesta*. En manos de **Adrián Chamorro**, la Orquesta está en uno de sus mejores momentos. Un Beethoven a la perfección, con todas sus dinámicas, sus *crescendos*, sus *tuttis fortísimos e intensos*, y sus concertaciones de exactas alternancias, resultó ser una formidable versión. Los solistas, oboe y clarinete, cumplieron con brillante éxito.

Cerró la noche la Quinta Sinfonía, en do menor op. 67. Contundencia, poder, ímpetu. La Orquesta toca como filo de navaja. Unísonos exactos, turgencia, vitalidad. En donde sea necesario, también delicadeza. En el segundo y tercer movimientos, los arpeggios de las cuerdas bajas, entretejidas a contrapunto con el resto orquestal, se escuchan en detalle, esclarecidas, como un encaje a contraluz: cada hilo, cada lazada. No así, los primeros *pizzicatos* del último movimiento, pero no debería hacer notar esto porque la orquesta exhibió calidad a cada compás. Los cuernos emiten su primera fanfarria del segundo movimiento con una expresión progresiva muy controlada que les da un sonido aterciopelado. En el tercer movimiento culmina la excelencia. Ver al director dando cada entrada, imprimiendo tanto vigor y brillo, y los notorios acentos de expresión en general a todo el conjunto, a todo lo largo de ésta interpretación, y en especial en el finale de la sinfonía, fue un placer que vale cualquier precio.

Es magnífico que la Orquesta nos está trayendo ¡tan buenos directores!, y ha sido, además, de gran entusiasmo la invitación a **Adrián Chamorro**. Así lo indicó el público agotando la boletería.